

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Cada 10 núms. quincenales, 1 pta. al mes

"Este precepto os doy: *Amáos los unos a los otros como Yo os he amado.*"

(Jesucristo a sus discípulos.)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Calle de San Bernardo, 119, 2.º piso.

EL GRAN PECADO

Era la tarde del Viernes Santo. La acera de la calle Mayor, de Madrid, del lado del Bazar de La Unión, rebosaba de gente, que, en el corto trecho que hay hasta la calle de Esparteros, se apiñaba para ver la procesión de los Pasos.

Apoyada en la columna de un farol se hallaba una airosa mujer, que frisaría en los treinta años, alta, no muy gruesa, morena, de ojos expresivos y rostro agradable y movable, coronado por negra y abundante cabellera, cuidadosamente peinada y sujeta por dos o tres peinetillas de brillantes imitados.

Por encima del negro pañuelo de crespón, con largos flecos, salían unos vuelillos de encaje o punta blanca, que rodeaban el cuello, en el cual brillaba una crucecita de oro, suspendida por estrecha cinta de terciopelo negro.

Al lado suyo, y con ella, estaba otra mujer mucho más joven, bien parecida, aunque no tanto ni tan bien aderezada como su compañera.

Ambas sostenían animada conversación en voz bastante alta y clara para que cuantos estaban algo próximos pudiesen oír. Mal he dicho conversación, porque la más joven sólo respondía con monosílabos, alguna frase suelta y grandes risotadas al torrente de palabras que salían de labios de la morena alta, quien, poseída, sin duda, de su oratoria y del efecto que producía en sus oyentes, no dejaba meter baza a su compañera. Como puede presumirse, los motivos de aquella charla pintoresca y agresiva eran la procesión y los que la formaban, y las caras y actitudes de los que, en la acera de enfrente, hacían lo que ella: *esperar a que pasasen los Pasos.*

Ya, precedidos de los guardias a caballo, habían desfilado los chicos del Hospicio y los de varios otros colegios y asilos, y todas las mangas de las parroquias, y se había parado enfrente el paso de la Oración en el Huerto, al que seguían, con su estandarte, algunos individuos de no sé qué Cofradía.

Aquí la morena fijó sus pícaros ojos en la nada esbelta figura de un buen señor, inconsiderablemente calvo, que llevaba en una mano el cetrillo de la

Congregación y en la otra un gran pañuelo blanco, con el que se iba limpiando el sudor de su voluminoso cuello, oprimido por alta tirilla de «pajarita».

Verle y soltar el trapo a reír y a decir donosísimas e intencionadas cuchufletas, todo fué uno. Su movable rostro y sus ojos y manos decían más que sus palabras, con ser de las más expresivas del diccionario del género chico; los que allí cerca estaban, apenas podían contener la risa.

Dos de la Escolta Real y otros mozállones que ocupaban lugar más próximo, aplaudían y jaleaban a la «oradora», quien no cesó en la burla del pobre señor gordo y de los que con él acompañaban el paso, hasta que acertó a llegar un sacerdote, que, con una vela apagada en la mano, iba haciendo señal de que la procesión, buen rato detenida, siguiese adelante.

Excitada con el aplauso de los fornidos y nada fcos coraceros, tomola entonces la morena con aquel cura, y... con todos los curas.

Ella sabía muchas cosas de iglesia, como que era oficiala en un gran obrador de planchado, en planta baja! Y precisamente el sábado antes habían llevado a planchar y rizar varias sobrepellices... ¡La que se armó aquella tarde en el obrador!... Ella se puso una sobrepelliciz muy rizadita, que le caía muy bien, sobre la falda oscura, y entonó el *Dominus vobiscum* y el *quo vadis* y el *requiescat*, y... ¡echaba cada bendición!... Las otras oficialas cantaban el *gori gori*, y hubo tal zambra, que se agolpó la gente a las vidrieras, y vinieron los del Orden y los mangueros de la villa, y la mar de golfos. La maestra, al principio se desternillaba de risa; pero luego se puso como una pantera al ver que las planchas estaban frías, que no se trabajaba y que aquello era un escándalo...

No todos los que escuchaban tales cosas se reían como los estúpidos mozállones que las coreaban regocijados.

Una señora entrada en años, y en cuyo rostro se reflejaba la indignación causada por aquel irreverente y procaz lenguaje, ya despojado de la gracia e ingeniosidad que en un principio tuviera, acercóse resueltamente a la heroína de esta historia, y, a riesgo

casi seguro de que la soltase un par de desvergüenzas mayúsculas, la dijo en voz alta, aunque mesurada:

—Haga usted el favor de callarse, joven. Está usted ofendiendo a muchos que la escuchan y, sobre todo, ofende a Dios en las personas de los sacerdotes. ¡Tal vez, por altos juicios de Dios, a la hora de la muerte se encontrará usted sin uno de esos curas, que desprecia, para absolverla de sus pecados!...

No un par de desvergüenzas, como era de temer de aquella boca, sino un par de gruesas lágrimas saltaron de los ojos de la graciosa morena, quien con el rostro inmutado y la voz conmovida, exclamó:

—¡Señora, por la Virgen Santísima, no me diga usted eso, que yo soy cristiana y tengo temor de Dios!

—Pues el que es cristiano—replicó la señora—y teme a Dios, y le ama, no insulta y escarnece a sus ministros...

Calló la dama, enmudeció la mano y las risas se apagaron en todos los labios...

Cuando, custodiada por los graves alabarderos, pasó la imagen de Jesucristo crucificado, todas aquellas rodillas se doblaron reverentemente. Con mayor respeto, si cabe, lo hicieron al pasar la de la dolorida Madre de Jesús, cubierta con el largo manto de terciopelo negro...

La morena de la crucecita de oro al cuello se santiguó devotamente, levantóse y ofreciendo su mano a la señora que tan sin respetos humanos la reprendiera, ayudóla a ponerse en pie pidiéndola mil perdones «por el mal rato que la había hecho pasar...»

Yo no sé si la buena moza del pañuelo negro de flecos habrá vuelto a ver la procesión de los Pasos, ni si habrá tenido otra vez tan buen humor. Yo sólo sé que la palabra enérgica y digna de una señora católica bastó para cerrar una boca maldiciente...

Yo sólo sé que el silencio es el gran pecado de muchos católicos, altos y bajos, de quienes parece se ha posesionado aquel demonio que *era mudo*; y que el silencio de ahora y de hace mucho tiempo, si no lo rompemos voluntariamente, unidos por la común defensa, nos lo hará romper el látigo de los enemigos de Dios y de su Cristo.

pero sólo para lamentarnos tardía e inútilmente de nuestra estupidez y falta de valor cristiano.

R. Farelo.

¡Al abismo!

En una reciente Exposición de Bellas Artes celebrada en España, se presentó un cuadro de grandes dimensiones y aliciosos, resuelto y ejecutado con valentía, en el que su autor, don F. Cabrera y Cantó, desarrolla una idea social muy hermosa y siempre muy verdadera.

Un grupo de locos o malvados se empeñan en destruir la santa Cruz, enhiesta sobre unas rocas.

A dicho fin, aquellos desatentados colocan unas cuerdas para tirar del madero; pero éste es tan fuerte que no bastan sus esfuerzos; las cuerdas se rompen y aquellos hombres y mujeres caen unos sobre otros y allá van dando tumbos con sus desnudas carnes sobre las rocas y los espinos de la rampa breñosa que ha de conducirles al abismo.

Esta obra del insigne artista alcañano llamó extraordinariamente la atención, haciendo a muchos pensar hondamente.

He podido hacerme con una copia de este cuadro que es por todos conceptos imponente.

El título no puede ser más apropiado.

Al abismo van todos cuantos se empeñan en destruir la Cruz, la obra del crucificado, que es redentora, que es divina.

Hombres de poder con toda la fuerza de las armas, hombres de ciencia con todos los efectos de sus sofismas, escritores, literatos en moda, con toda su influencia en las multitudes y señalando plazo para la destrucción total del «Infame», los halagos a las pasiones del pueblo de arriba y de abajo, engaños, indiferencias, todos los recursos que imaginaciones diabólicas pudieron inventar contra la Cruz de Cristo para aniquilarla y hacerla olvidar para siempre, ¡todo ha ido al abismo!

Los acometedores cayeron en la eternidad, tuvieron que presentarse forzosamente ante AQUEL que pretendían destruir y por AQUEL que es Rey de reyes y Señor de los que dominan, Dueño absoluto y Creador de cielos y tierra, fueron sepultados en el abismo de eterna desesperación a confesar ¡siempre!... ¡siempre!... su impotencia.

Y lo que ha sucedido con los pasados sucederá con los presentes y con los que vengan infectados de esas ansias de destrucción.

«Mi Doctrina, mi Iglesia, tendrá siempre persecuciones, desprecios, pero todo esto en nada afectará a su pureza, a su inexpugnable fortaleza que será HASTA LA CONSUMACIÓN DE LOS SIGLOS.»

Es promesa divina, de AQUEL que todo lo sabe y lo puede.

¡Bien dignos de lástima son aquellos

que contra esta promesa de Jesucristo malgastan los días de su vida!

En nada amengua ni el prestigio, ni la gloria de nuestra religión; en nada perjudican, atendiendo a lo principal, a nosotros los católicos que vivimos en la paz deseada, y tendremos, perseverando, una felicidad eterna.

En cambio ellos, los avanzados, los anticlericales, los heterodoxos, los anticatólicos

¡¡AL ABISMO!!..

Piensen en ello los obcecados, aún tienen tiempo de salvarse.

Dios es paciente porque es eterno.

Pero ¡ay de aquel que abuse de su misericordia!

Ese.

¡Al abismo!

J.

A Jesucristo en la Cruz

¡Tú, por mi amor de un leño suspendido!
¡Tú, que tienes por trono el firmamento,
haber desde tan alto descendido
a dar así tu postrimer aliento!

¡Tú, sufrir resignado de esa suerte
tanta y tan honda y tan amarga herida,
y Tú del mundo recibir la muerte,
cuando viniste a dar al mundo vida!

¡Tú, rasgados los miembros soberanos;
Tú, escupido en la faz cándida y pura,
y al hombre ver clavándote las manos,
esas manos, gran Dios, de que es hechural

¡Tú, que animas el rayo y das el trueno,
así expirar entre amarguras tantas
por un gusano de miseria lleno,
que no vale ni el polvo de tus plantas!

¡Tú, por mi amor, en fin, tan humillado!
¡Y aún a ofenderte, Santo Dios, me atrevo
cuando yo nada a Tí, nada te he dado,
y cuando tanto a Tí, tanto te debo!...

Miguel Agustín Príncipe.

La Virgen de "El Espino"

Anciana, viuda, enferma y pobre, Rosario no tenía más consuelo que una fe firme, sencilla y santa, que constelaba de vivos resplandores su pobrecita vida de miserias y la ternura respetuosa de José, el menor de sus hijos, un mozo noble, trabajador, honrado, modelo de obreros y dechado de hijos, simpático y alegre como un rayo de sol, que era el apoyo de su vejez, el sostén de su pobreza, el alivio de todos sus dolores, compensándole con su afección sumisa y a la vez protectora de las brusquedades, vicios y rebeldías de Frasquito, el hijo mayor, gran cruz, capitana de todas las otras cruces que agobiaban los débiles hombros de la sensible viejecita.

Un mal día, los amores de José con una hermosa mujer, codiciada por otro, dieron por resultado la trágica muerte del hijo de Rosario, que, con el pecho atravesado por un balazo que le entró por la espalda, fué llevado por sus amigos, casi sin vida, a la humilde casita de su madre, en cuyos brazos expiró a poco, después de recibir la Estremaunción, único Sacramento que pudo administrársele, por la premura

del caso, y bajo un diluvio de lágrimas y besos, de fervientes oraciones y entrecortadas frases de apasionada ternura, doloridos lamentos y exaltados elogios de sus virtudes, cantadas desordenadamente y en congojoso tono por la desdichada.

Entonces sí que empezó el verdadero calvario de la infeliz viuda.

Su hijo Francisco, ya casado, se la llevó consigo, y al interno y profundísimo martirio de la horrible pérdida del hijo predilecto, tuvo que unir multitud de externas torturas, hambres, necesidades de todas clases, humillaciones, los malos tratos del ya único hijo, el desdén y la burla de los nietos, el torcido gesto y desabrido tono de la nuera, aliados con su enfermedad, que seguramente exacerbada por tantos sufrimientos, le producía cada vez más vivos e intensos dolores, que, pacientemente conllevados, iban purificando y pulimentando su sencilla y humilde alma, hasta convertirla en un vivo y rico viril, donde encontraba a diario su descanso y complacencia el Rey de los dolores.

Pero lo que la llevó a la cumbre de la perfección y la mereció el nombre de predilecta de la Divina Virgen del Calvario, fué aquel generoso perdón otorgado al asesino de su hijo, mediante el cual la pena del criminal mermó, la gloria del muerto se adelantó y aumentó con fúlgidas aureolas, y el alma de la madre mártir adquirió radiantes tonalidades de santidad heroica y definitiva.

Lentamente, arrastrándose con sumo trabajo sobre sus débiles piernas, doloridas, inflamadas y cubiertas de llagas hediondas que tanto la hacían sufrir, apoyada en un tosco palo que le servía de muleta, salía Rosario aquella mañana de la casa de su hijo con intención de dirigirse al cercano campo, donde lavarse las piernas sin que el asco de su nuera, traducido en estridentes improperios, viniera a azotar las llagas vivas de su alma sangrante.

La debilidad y la tristeza parecían disputarse aquel pobre cuerpo arrugado y marchito, que se inclinaba abatido sobre la tierra como una fruta seca a punto de desprenderse de la rama.

—¿Dónde vés?—preguntó una voz dulcísima casi a su oído.

Y los apagados ojos de la anciana advirtieron con asombro que una hermosísima señora, enlutada, caminaba a su lado y le brindaba su apoyo.

—A curarme las piernas—contestó sencillamente, dominando su turbación.

—¿Quieres que yo te las cure?—intestió la bella dama—. Ven, apóyate en mi brazo.

—¡Dios se lo pague!

—Vamos por aquí, por el cementerio viejo.

Rosario se dejó conducir dócilmente, murmurando bendiciones y palabras de agradecimiento, y ya junto al cementerio, sentada sobre una planta de espinos, que había de dar nombre a la milagrosa aparición, la señora invitó a Rosario a rezar por la conversión de

los pecadores, lo que hicieron juntas, y luego, inclinándose sobre las pobres piernas ulceradas, lentamente, con exquisita solicitud y cuidado, empezó a despojarlas de la larga venda manchada de sangre y pus.

La viveza del dolor arrancó a la enferma un leve gemido involuntario, y la Divina Reina alzó hasta ella sus bellísimos ojos compasivos, preguntándola con infinita dulzura:

—¿Te duele?

—Un poco.

—Mucho menos que la otra llaga del alma, ¿verdad?

—¿Usted lo sabe?—interrogó ingenuamente Rosario.

—Sí; yo sé que no hay dolor comparable al dolor de una madre en la muerte de su hijo.

Y la voz prodigiosa tembló, vibrando, conmovida, al pronunciar estas palabras, y en los incomparables ojos oscuros, abismos de luz y de pureza, de ternuras y de piedades, brillaron las lágrimas.

Un extraño sopor venció a la viejecita, que permaneció dormida algunos momentos. Cuando despertó la visión había desaparecido.

Las piernas de Rosario, completamente curadas, ágiles y fuertes, sin heridas ni vendas, corrieron gozosas, saltando el arroyo que separaba el campo santo del pueblo, mientras su dueña gritaba, llorando de gratitud y de alborozo:

—¡Milagro, milagro; la Virgen de los Dolores me ha curado!

Todos los vecinos del pueblecito y muchos de las comarcas vecinas, y hasta no vecinas, que acudieron después en varias peregrinaciones a visitar el santificado lugar y a la favorecida an-

ciada, propagaron por toda España los detalles del prodigio.

Las ya inútiles vendas aparecieron tendidas en los brazos de una vieja cruz que había en el interior del abandonado cementerio, perpétuamente cerrado e inaccesible.

Desde entonces el pueblo de Chanchina, teatro del milagro, eligió por su Patrona a la Divina Virgen de los Dolores del «Espino», cuya imagen, también milagrosamente llevada al pueblo por unos desconocidos, coincidía perfectamente con el recuerdo que de la aparición conservaba Rosario.

El Barón de C.

CHARLA

—¡Pero qué mal rato acabo de pasar! Como me cogió el agua ahí cerca de la iglesia, pues... que tuve que colarme dentro y precisamente cuando estaba un cura predicando de esas cosas del infierno, que... vamos, me metió un miedo atroz. Menos mal que eso del infierno es invención de los curas para sacar los cuartos a los tontos que aún se estilan creyendo en él...

—No sé si te habrás fijado, tú que te las echas de observador, en una «importante casualidad». Aquellos que niegan el dogma del infierno y que más trinan contra los que creen en él, son precisamente los más grandes granujas del universo que quisieran que no lo hubiese para que todas sus tropelías y crímenes quedasen impunes.

A ningún hombre ni mujer que viven honradamente, que son virtuosos, se les hace difícil creer en el infierno.

—Eso quiere decir que yo soy un dillaván...

—Mira, no me gusta meterme en vidas privadas, pero tú sabes que yo se cómo es tu vida...

Dejemos esto y vamos a lo de que el infierno es invento de los curas. ¿Qué cura fué ese? De un invento tan notable y trascendental sabrase al menos el nombre del inventor.

—Qué se yo. Un cura...

—Ejerceremos una de las obras de misericordia de enseñar al que no sabe. ¿Sabes tú quién fué Lucrecio?

—Llévenme los diablos si le conozco.

—¿Qué diablos van a llevarte si no quieres creer en ellos?

—Bueno...

—Lucrecio fué un poeta latino, contemporáneo y amigo de Cicerón. Defensor acérrimo del ateísmo y del materialismo. En sus escritos dejó dicho que es menester barrer de la tierra la idea de que hay infierno, para que podamos entregarnos sin ningún temor a los deleites del vicio. Era además entusiasta de Epicuro...

—Ya ve usted. Diría todo eso porque los curas y los frailes le habrían atemorizado con los castigos del infierno.

—De ningún modo. Lucrecio vivió antes de Jesucristo y murió suicidándose; para concretarte más la fecha, en el año 55 antes de Jesucristo, es decir, cuando aún no había curas ni frailes, lo que viene a dejar probadas dos cosas: Que ya antes de haber curas y frailes se hablaba del infierno y que en todos los tiempos y en todas las creencias los pillos le combatieron deseando que no lo hubiera.

Más todavía: un escritor pagano llamado Celso, decía ya en el siglo II que el dogma del infierno no era nuevo, propio del Cristianismo, sino un dogma antiquísimo y conocido en el mundo

Folleton de RELIGION Y PATRIA

(4)

La República española

Día 4.—El Ayuntamiento de Cádiz, quita la cruz que había en la cúpula del edificio.

Día 6.—De 500 voluntarios francos que había en Madrid, desertan 300 en una noche.

Día 9.—Demolición de las casas de la Isleta, dando a los inquilinos y pobres industriales cuarenta y ocho horas para desalojarlas, sin previa indemnización.

Día 13.—Saballs entra en Mataró, se lleva preso al juez de primera instancia y otros varios, por los cuales pide 40.000 duros.

Día 19.—El ejército del Norte se niega a batirse contra los carlistas, pidiendo colectivamente su licencia los 18.000 soldados que estaban cumplidos. Cunde la indisciplina.

Día 24.—El «Boletín» de Huesca publica una circular reservada del ministerio para tasar las iglesias, produciendo general alarma.

Día 28.—Los voluntarios francos de Madrid atropellan y hieren en Leganés al capellán del Hospital, insultando a los oficiales que trataron de librarlo, y cometiendo varios robos y asesinatos, y teniendo que salir de Madrid tropa contra ellos.

Día 30.—Un periódico da cuenta de 233 gracias acordadas por el señor Pierrad durante el mes escaso que lleva de subsecretario.

MES DE JUNIO

Día 10.—Conatos de desarme a la guardia civil de Madrid que se reconcentra.

Mitin en Aranjuez contra los voluntarios francos.

Día 12.—Fórmase, al fin, un Ministerio federal intransigente, bajo los auspicios del señor Pi y Margall.

La República lleva cuatro ministerios en cuatro meses.

Día 13.—Asesinato de nueve paisanos en Ginzo de Limia por una compañía de tropa que hace fuego sobre más de 2.000 personas que habían acudido a la fiesta de San Antonio.

Los cazadores de Madrid asesinan en Sagunto a su jefe Martínez Tallada, que los reprende por su indisciplina.

En Madrid y en otros pueblos no puede salir la procesión del Corpus; en Cabra la disuelven los federales a balazos; en Barcelona hay orgías en las iglesias de Belén y San José, con bailes indecentes, haciéndose burla de los divinos misterios de nuestra Religión.

Día 15.—Se suspenden las elecciones de diputados provinciales.

Cunde la insubordinación de la tropa por todas partes; el regimiento de San Fernando se subleva en Vich, el de Saboya en Tarragona, y la columna del coronel Rey en Pamplona.

Día 16.—Horribles asesinatos en Bardo (Orense), sacrificándose a sangre fría a más de 60 infelices de todos sexos y edades sin armas, que se opusieron a la tasación de los templos, como medida preliminar de despojo. La «Gaceta» confiesa que fueron 26 los muertos, pero fueron en el número antes indicado.

Día 19.—En Cádiz se acuerda vender la custodia. Manifestación pública en Barcelona con el objeto de pedir la libertad de los cazadores de Madrid que asesinaron a su jefe.

Día 21.—Supresión del Vicariato general castrense y de los capellanes del ejército.

Día 28.—Formación de nuevo Ministerio presidido por el señor Pi y Margall.

MES DE JULIO

Día 1.—Demolición de conventos de monjas e iglesias en Málaga, invadiéndose también el palacio episcopal.

Día 2.—En el Congreso se propone la venta de las iglesias para con sus productos acabar la guerra.

antes de Jesucristo y acatado por los más grandes filósofos.

—La verdad... Yo creía que eso era cosa de los curas; ahora que se me ocurre una duda. Siendo Dios tan misericordioso, ¿cómo ha de consentir tales sufrimientos y para siempre?

—Breves razones de apologética te van a desvanecer enseguida esta duda. Escucha:

Indudablemente que admitís que si hay entablada una lucha entre los hombres y Dios, la última palabra será siempre la de Dios. Pues si negais el infierno, esta última palabra será la del hombre contra Dios.

Suponed un pecador empedernido. Dios hace cuanto en su bondad está para convertirlo al bien. Pero, este hombre, sordo a los llamamientos divinos, muere blasfemando contra Dios, ¿qué suerte le está reservada? El infier-

no, direis. Pero si el infierno no es eterno, este hombre malvado podrá decir: ¡Paciencia! ¡llegará un día en que me abrirá Dios el cielo! Y si así fuese, se daría el caso, odioso e irrazonable, que después de una vida de años de crímenes y algunos siglos de blasfemias en el infierno, quisiera o no quisiera Dios, tendría que recibirle en el cielo con los que nunca habían hecho mal, o se arrepentieron; con los que por amarle siempre, no le blasfemaron jamás.

Ya sé que algunos no teniendo salida llegan a afirmar que Dios, no pudiéndolos admitir en el cielo y no pudiéndolos tener siempre en el infierno, los aniquilará. Y no saben que esta es otra blasfemia contra el poder absoluto de Dios.

En verdad que la cuestión que más atañe a todos los cristianos, no es dis-

cutir si será o no eterno el infierno, sino, una vez creída su existencia, vivir de tal suerte que eviten ir a él.

—No hay escape...

—Ninguno. O creer en el infierno y obrar conforme a tal creencia o irse a él de cabeza para convencerse ya sin remedio. Escoge.

—¡Demonio con la lluvia de esta tarde y... cómo me ha calado!

—Ahora, que dé buen fruto.

En nuestro próximo número continuaremos las «Cartas de un padre de familia», muy dignas de ser tenidas en cuenta, sobre todo por las jóvenes a quienes van dirigidas.

Lector amigo, ¿te gusta "RELIGION Y PATRIA"? Después de leído ¡no lo rompas! dalo a leer a otros. Haces una buena acción.

Imprenta «La Reconquista» :: Gijón.

RELOJERIA Y PLATERIA DE

Melchor Osorio

Treinta años de éxito creciente es suficiente garantía de la competencia con que se realizan cuantos trabajos se le confíen. :- Venta de todos los artículos del ramo, sin competencia. :- Compra de oro, platino y brillantes; pago todo su valor.

Pí y Margall, 13 -:- GIJON

Agendas y Dietarios
Calendarios de Bufete
Estampería
Libros de Devoción

Librería Palacios

Corrida, 13 Gijón

Royal Las mejores máquinas de escribir

Concesionario exclusivo:

Trust Mecanográfico (S. A.)

San Antonio 23-25 = = Apartado 137

GIJON

24-19

Honorio Manso Médico-Dentista

Corrida, 24, 2.º (esquina a la del Carmen)

GIJON

Ferretería Gregorio Alonso (S. A.)-Gijón

Almacenes de Ferretería, Quincalla, Loza y Cristalería: Ar-tículos sanitarios :: Herramientas para Ferrocarriles y Minas

Detall: San Bernardo, 59 y 61
Almacenes: Premio Real y Molino

Telegramas y telefonemas:
GALONSO

Teléfono Detall: 200
Teléfono Almacén: 383

Doctor EMILIO VILLA

ESPECIALISTA — Electricidad médica.

— — Enfermedades del PULMÓN y CORAZÓN — —

Consulta: De 11 a 1 y de 4 a 6. :: San Bernardo, 143 :: Teléfono: 797 :: GIJÓN

SIDRA CHAMPAGNE

"ZARRACINA"

Se sirve en todos los establecimientos y hoteles de primer orden, y en los Coches y Restaurants de la Compañía Internacional de Coches-Camas

INDUSTRIAL ZARRACINA (S. A.) — GIJON

Luis Infiesta y Castro

(Antes Acebal, Rato y Comp.ª)

Barrio del Tejedor :: Teléfono 13—28

GIJON

Máquinas sistema BILBAO y de todas las marcas para carbón y para leña.

Repuestos de recambio para las mismas.

Artículos de hierro fundido, como bañeras de agua, lucernas, columnas, banquillos de jardín y cuantos encargos se le pida.

RAPIDA ENTREGA DE LOS PEDIDOS

"La Fama Asturiana"

Se recomienda por sí sólo el chocolate de esta marca.

Pídase en las tiendas de ultramarinos.

LUIS BASURTO QUÍMICO

Fábrica de Acido Fluorhídrico
Fluoruro de Sodio

Pasta para esmerilar, rápida
Espato-Flour, en piedra y molido
LABORATORIO de análisis minerales e industriales

Príncipe, 16—Apartado 174 :: GIJÓN

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA DE

Saez, Pérez y Montero

Barrio del Tejedor :: Teléf.1354 :: Gijón

Maquinaria para Chocolaterías y Panaderías.

Fundición de bronce y hierro.

Reparaciones de buques y maquinaria en general.

Prensas y mayadoras para manzana.

FUNERARIA DE

HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 :: GIJON :: Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

Francisco Prendes Pando

ABOGADO

SOMIO :: GIJON

TOS



Una taza bien caliente corta la tos, catarros, gripe, etc.

En todas las farmacias y Ronda Universidad, 6 Barcelona.

ULTRAMARINOS FINOS

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Cápua, 31

GIJON

O. Teléfono, 312.

Doctor Calisto de Rato y Roces

Especialista en enfermedades del sistema nervioso.

Cincuenta y tres años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde.

Corrida, 63 — Teléf. 490.

GIJON